

El clasicismo y el romanticismo de Rubén Darío

POR RAMIRO DE MAEZTU

ESTA es la hora de Rubén Darío, porque ya es el poeta de las clases cultas de los países de lengua castellana y todavía no ha llegado a ser poeta popular. En el Ateneo de Madrid, la sección de literatura, que presido, va a dedicar este invierno un ciclo de conferencias a estudiar a Rubén: su momento, su vida, su influencia sobre la juventud, su métrica, su romanticismo, su religión, su ideología, su concepto de la poesía y del poeta. Se ha tratado de dar el nombre de Rubén a la Glorieta del Cisne. Vázquez Díaz ha pintado un retrato suyo, que ha sido expuesto con pompa y circunstancias en la agencia de un diario bonaerense. En ese retrato aparece Rubén vestido en el traje de cartujo con que tuvo la humorada de retratarse cuando estuvo en Mallorca. Un grupo de escritores ha tratado de conseguir que ese retrato, adquirido por el Ayuntamiento de la Corte, quedase permanentemente expuesto al pueblo, a modo de monumento, en la Glorieta del Cisne que se llamaría de Rubén Darío. No aplaudí la idea, porque Rubén tenía muy poco de cartujo y no se debe «mixtificar» al pueblo. Pero con estos motivos se ha dicho de Rubén que es el «poeta de la raza» y aunque es mucha verdad que los pueblos de lengua castellana no poseen un himno patriótico que en la grandeza del concepto y de la música pueda compararse con la «Salutación del Optimista»: «Íncultas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda, — espíritus fraternos, luminosas almas, salve!», porque es himno que evoca las bóvedas de una catedral, cuando el órgano las llena de acordes, no es lo más oportuno presentar a Rubén como al poeta de la raza, que es ofrecerlo como un río en donde se abreve todo un pueblo, cuando está aún por hacer la obra de crítica y depuración, que debiera preceder a la popularización de un poeta, como el análisis de las aguas a las instalaciones de las fuentes públicas.

Rubén es excelente piedra de toque para probar la idea, en mí ya vieja, de que por romántico ha de entenderse el hombre que no cree o que no siente el pecado original, porque Rubén, clásico ante la forma, es romántico ante la vida. También puede entenderse por romántico, lo popular, lo romance, lo sentimental, y por clásico lo escolar, lo que se enseña en clase, lo representativo, pero corramos la aventura de considerar lo romántico

como el no creer o no sentir el pecado original y veamos lo que nos acontece en el caso de Rubén. Decir que Rubén es un clásico ante la forma parecerá paradoja a quien sólo recuerde que el poeta americano no hizo todo el tiempo sino darle de papirotazos a la métrica castellana de los preceptistas y ensayar ritmos nuevos, para escándalo de las



RUBÉN DARÍO
en hábito de cartujo
Retrato de DANIEL VÁZQUEZ DÍAZ

academias y regocijo de los amantes de la poesía. El fué quien inició a los poetas nuevos en el arte de escribir en versos alejandrinos y de nueve sílabas, en hexámetros y en sáficos. A veces escribe Rubén en ritmos inclasificables:

¡Helena!
La anuncia el blancor de un cisne.
¡Makheda!
¡La anuncia un pavo real!
¡Ífigenia, Electra, Catalina!
Anúncialas un caballero con un hacha.

No sé cómo están hechos estos versos. Se me ha dicho que un filólogo consagrado especialmente a la fonética, Tomás Navarro Tomás, está dedicando estos meses al estudio científico de la métrica de Rubén Darío. Hablando de su «Salutación del Optimista» ha escrito

el poeta en su «Historia de mis libros»: «Elegí el hexámetro por ser de tradición greco-latina y porque yo creo, después de haber estudiado el asunto, que en nuestro idioma, «malgré» la opinión de tantos catedráticos, hay sílabas largas y breves, y que lo que ha faltado es un análisis más hondo y musical de nuestra prosodia». Yo no estoy seguro de que sean hexámetros los dos primeros versos arriba citados, de la «Salutación del Optimista». Se me figura que si lo es el primero no puede serlo el segundo, pero, en cambio, estoy cierto que suenan maravillosamente bien. En el engarce musical de unas palabras en otras nadie ha superado a Rubén, sólo Zorrilla, pero Zorrilla carecía de esa colección de preciosidades «adquiridas en los viajes y en los libros con que Rubén engasta lo exótico a lo íntimo, lo mitológico a lo cotidiano, lo raro a lo popular, lo nuevo a lo antiguo, lo ignorado a lo familiar, realizándose tan plenamente la armonía de los contrarios en su verso, que suena éste con un timbre inaudito, pero rico y grato, robusto y exquisito al mismo tiempo, como si en la orquesta de la poesía española, rica ya en cuerdas y en metales, introdujese Rubén los instrumentos de madera.

El clasicismo de Rubén consiste precisamente en que todas estas innovaciones las hace por espíritu de subordinación a una ley más imperiosa y más legítima que las máximas de los preceptistas: la que exige que el arte sea artístico y expresiva la expresión. Rubén sabe una cosa elemental, que los preceptistas olvidan, quizás por ser elemental, y es que en el arte la expresión gastada deja de ser expresiva y pasa a ser cliché. De aquí que el lema de todo artista sea renovarse o perecer. Cuenta Rubén cómo surgió en su espíritu una concepción deslumbrante del estilo a la lectura de Catulle Mendés, de Gautier, de Flaubert y de Paul de Saint Victor. «Acostumbrado al eterno cliché español del siglo de oro, y a su indecisa poesía moderna, encontré en los franceses que he citado una mina literaria por explotar: la aplicación de su manera de adjetivar, de ciertos modos sintácticos, de su aristocracia verbal, al castellano. Lo demás lo daría el carácter de nuestro idioma y la capacidad individual. Y yo, que me sabía de memoria el *Diccionario de Galicismos*, de Baralt, comprendí que no sólo el galicismo oportuno, sino ciertas particularidades de otros idiomas son utilísimas y de una incomparable eficacia en un apropiado trasplante. Así mis conocimientos de inglés, de italiano, de latín, debían servir más tarde al desenvolvimiento de mis propósitos literarios».

Pero un soneto suyo va a revelarnos la norma a que el poeta se somete: